



Teresa Lamas Carísimo de Rodríguez Alcalá



El dolor de mi alegría

¡Ahí viene!

Numerosas manos tendieron hacia el rumbo norte del río para señalar la ansiosamente esperada aparición y, como si el arribo fuera a producirse ya, la muchedumbre esparcida a lo largo de la plataforma del puerto se reconcentró en apiñado grupo. Detrás de los bancos y a través de la vegetación cuya policromía reverberaba a la luz solar, veíase avanzar muy lentamente, apareciendo y desapareciendo en las vueltas del río, la punta del mástil a la que por momentos envolvía una nube de humo borrándola del paisaje. Se producía entonces una desilusión en el anhelo de los que esperaban. ¡No es! ¡No es! Pero reaparecía el punto fugazmente hurtado a la vista, ahora más visible, y tornaba el contento al espíritu de los que con su impaciencia quisieran dar al barco fuerzas para acelerar la marcha.

Por fin, el «Cuyabá» estaba allí, a la vista totalmente, enfilando la bahía en demanda de su atracadero. En lo alto de la nave, la bandera de la Cruz Roja parecía rehusar el impulso que la brisa le ofrecía [101] para desplegarse, tal como si la tristeza de su simbolismo quisiera hacerse humildad y encogimiento en pliegues semejantes a regazos.

Aquellos momentos colmaron la angustia, ya casi física, del largo esperar. La toldilla, la cubierta y los pasadizos del «Cuyabá» rebosaban de gente uniformada. Era un macizo bloque humano envuelto en el color verde olivo de los uniformes.

Cuando el buque empezó a aproximarse al desembarcadero, irrumpieron las voces, y los brazos agitados sobre el río proyectaron el anticipo efusivo de la bienvenida. Cada madre o esposa, cada hija, hermana o novia, creía distinguir en la multitud uniforme que colmaba la embarcación al viajero esperado, y al reconocimiento seguían un nombre exclamado en voz alta, un comentario y un chispear de lágrimas de emoción en las pupilas.

Lo presentí antes de identificarlo. Sí, era él, era mi hijo. Volvía, después de un año, un año que fuera un siglo para mí. Toda mi alma se me asomó a los ojos para verlo, y se me desbordó por los brazos para estrecharlo, y tembló en ímpetus de besos en mis labios para resonar largamente en sus mejillas.

Y mientras el «Cuyabá» acortaba la distancia con lentitud torturadora, yo, mirando a mi hijo, evocaba todo ese año: la partida, la primera carta, los largos períodos sin noticias ciertas, los combates sucesivos, la aterradora incertidumbre de todos los días y de todas las horas. El momento aquel en que, al darle el abrazo de la despedida, sólo habló, en la escena muda por el dolor, la voz interior que [102] me preguntó temblorosamente: ¿Volveréis a abrazaros?

Todas las voces de mi ser se alzaron en himno de gratitud a Dios. ¡Loado seas, mi Dios, loado seas!

Y cuando ya hecha a la realidad venturosa era más honda mi alegría -¡no era un sueño, no, pues ahí estaba mi hijo!- mi espíritu se sintió herido por un contraste brutal. Cerca de mí, una mujer envuelta en luto esperaba, esperaba también. ¡Pero qué horrendo esperar el suyo! Tenía abatida la cabeza. Regatos de lágrimas surcábanle el rostro bajo las manos con que temblorosamente lo ocultaba. Esperaba también, pero ¡ay! no al hijo vivo que se echara en sus brazos, sino su cadáver recogido en un campo de batalla.

La vi, comprendí toda su enorme tragedia, sentí su corazón en el mío como si ambos fuesen uno solo y hubo en mí un letal desfallecimiento. Cayéronseme los brazos. Humillé la frente, invadióme un gran arrepentimiento de mi felicidad, una dolorosa vergüenza de mi alegría. Y temblé ante la idea de que esa madre me viese abrazar a mi hijo.

Frente al dolor callado de esa mujer mi dicha me pareció un delito. Ella también había visto partir un día a su hijo y soñó minuto por minuto con apretarlo entre sus brazos y con velar su reposo cuando volviese al hogar. Ella vivió como yo, pendiente de esa ilusión y fue su vida un constante asomar a los horizontes del río, por donde en un bello [103] amanecer o en la paz sedante de una tarde había de llegar el hijo amado.

Y esa tarde llegó, llegó para ella y llegó para mí, pero mi hijo está ahí -¡gracias, mi Dios!- vivo y sano, y lo voy a tener pegado a mi pecho dentro de unos minutos, y mi casa volverá a resonar bajo sus pasos y con el eco de su voz, en tanto que el hijo de esa otra madre vuelve inerte y mudo y ciego...

Y al recibir a mi hijo en los brazos la desolación honda y callada de aquella madre puso un gran dolor en mi alegría, mientras ella se doblaba para besar un ataúd entre un torrente de llanto...

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

